

Pero mientras ellas, saciando su desordenado apetito de murmuracion, permanecen desollando al prójimo, pasemos nosotros á ocuparnos de otros personajes que interesan á nuestra historia.

CAPITULO VII.

Un plan.

Willey, al saber por el criado de Duval que éste deseaba hablarle, dejó la sala de juego adonde habia seguido al esposo de Elisa, y se dirigió al gabinete en que le aguardaba su socio.

—¿Han llegado, señor doctor, los conductores del dinero?

Le preguntó Duval no bien le vió entrar en su gabinete.

—Hace una hora.

—¿Y se lo ha entregado vd. al señor Flan?

—En el momento que llegó.

—¿Y lo ha contado?

—Delante de mí.

—¿Y nada ha conocido?

—Absolutamente nada. ¿Ni quién es capaz de conocer una moneda tan perfectamente imitada? Para descubrir el engaño sería preciso recortar los pesos, como yo lo hice para ver que el corazon es de metal blanco.

—¿Y las mercancías se las entregó á vd?

—Sí señor; y pronto irán caminando hácia Guanajuato.

—Perfectamente.

—Lo que temo es que la gente encargada de custodiar el dinero llegue algun dia á sospechar algo, y....

—Es de lo que menos temo: son hombres del bajo pueblo, vigilados por los nuestros, á quienes pago bien porque vengán escoltando el dinero, y ellos en lo que menos se ocupan es en saber su procedencia. Además, ven que tengo grandes empresas, y no extrañan que reciba esas cantidades.

—Es verdad. Y como, por otra parte, tienen formado tan buen concepto de todos los que venimos de otros países....

—Sin embargo.... ahora que contamos

con cuantiosas riquezas, es cuando empiezo á temer. Tenemos situadas, es cierto, en el banco de Lóndres y de Paris cantidades respetables con que vivir espléndidamente en Europa; pero aun tenemos aquí mucho por situar; y si en tanto se descubriese....

—Sí; lo mas acertado sería realizar cuanto aquí existe, y ponernos á cubierto de cualquier percance.

—Sí; yo no espero mas que mi enlace con Clotilde: en cuanto este se realice, parto con ella para Francia.

—Pues ese dia está ya próximo.

—Sin embargo, hay un obstáculo que se presenta á mi paso.

—¿Cuál?

—Leopoldo.

—¿El hombre que le desarmó á vd?

—El domingo por la noche debe tener una entrevista con ella en el jardin.

—¿Cómo lo sabe vd?

—Por la casualidad de no haber encontrado á Inés ni á Clotilde en su casa: habían salido á una visita, y yo, aprovechando aquella ausencia, entré, sin ser visto de na-

die, á la alcoba de la segunda, y dentro de un cajoncito me encontré una esquelita perfumada de Leopoldo, en que le citaba para el domingo en la noche en el jardin.

—¿Y cuál será su intento?

—Aconsejarle, sin duda, que resista á las pretensiones de D. Emilio.

—¿Y qué ha pensado vd. hacer?

—Vd. ¿qué me aconseja?

—¿Yo....? Ya sabe vd. cómo me gusta tratar esas cuestiones; matando las causas.

—¡Un asesinato....!

—Es el mejor remedio; porque los muertos ni hablan, ni estorban.

—¡Ah....! no; no quiero verter mas sangre: aun veo manchadas mis manos en la del baron....!

—Pues con la de éste se lavan. Todo lo demas es alargar tiempo y crear embarazos. Quitemos este estorbo, y alejémonos de este país para gozar tranquilamente del fruto de nuestro trabajo.

—Alejarme de él lo anhele ya.

—Y es lo mas prudente. No olvide vd. que un fatal amor fué la causa de la muer-

te de su hermano de vd., D. Francisco Picaluga.

—¡Oh....! sí.

—Al mal paso, pues, es preciso darle prisa.

—Pero ¿quién querrá encargarse de esa comision delicada?

—No faltará, y que la desempeñe tambien á las mil maravillas.

—¿Y si Leopoldo, por una casualidad, no es vencido al sorprenderle, y se descubre nuestro intento?

—No sucederá.

—¿No valdria mas apoderarnos de él y tenerle en lugar seguro hasta la realizacion de mi enlace?

—No estoy conforme con ese parecer, porque si Clotilde, con la esperanza de unirse á Leopoldo, busca pretextos que alarguen el plazo de su enlace con vd., podria cambiarse la fortuna, y sernos fatal la espera.

Duval conocia que esos pretextos presentaria, sin duda, la jóven que amaba, puesto que Leopoldo pondria en conocimiento de

ella, si no lo habia puesto ya, el hallazgo del cuaderno en que se manifestaba la inocencia de su calumniado padre. Conocia, por lo mismo, que el parecer de Willey era el mejor; pero su corazon, á pesar de estar endurecido en el crimen, se resistia á pronunciar la muerte de un jóven á quien toda la sociedad apreciaba. Convencido, por lo mismo, que si confiaba al doctor el secreto de que existia el documento indicado por Doña Anita, insistiria en quitar la vida á Leopoldo, quiso guardar silencio sobre este particular, y resuelto á no echar mano de ese extremo sino en el caso de no hallar otro medio de conseguir su objeto, contestó:

—Los temores de vd., doctor, no dejan de ser fundados: estoy casi seguro de que Clotilde se valdrá de todos los medios posibles para alargar el plazo de su union conmigo; pero tambien sé que cuando el señor Landeta, su protector, resuelva que se verifique, Clotilde obedecerá sin replicar.

—Puede ser muy bien.

—Estoy persuadido de ello. Por eso quisiera que, al sorprenderla en el jardin, nos

contentásemos con llevarle á lugar seguro, como antes dije, y tenerle en él hasta mi union con Clotilde.

—Repito que no estoy conforme con ese parecer: sin embargo, no lo desapruero del todo. ¿A qué hora es la cita?

—A la hora en que todos descansan: á la una de la mañana.

—Pues si vd. quiere, asistiremos al mismo sitio para ver de lo que tratan, y obrar en consecuencia.

—Estoy de acuerdo.

—Quiere decir que el domingo en la noche, antes de la hora de la cita, penetraremos en el jardin, y ocultos en él esperaremos el resultado.

—Precisamente.

—Y cuando quitado ese obstáculo se haya vd. unido á Clotilde, abandonaremos el país.

—Al siguiente dia.

—Es lo que nos conviene.

—Y vd., doctor, que tiene un corazon tan inflamable y ancho, que ama á todas, ¿se

resigna vd. á marchar sin haber alcanzado el amor de Luz ni el de Elisa?

—De ambas habré alcanzado lo que deseo antes de nuestro viaje.

—De Luz no es fácil, porque está muy próximo su enlace.

—Mas próximo está un raptó.

—¿Cuándo?

—He resuelto que sea la víspera de su casamiento.

—Con vd. no hay mujer segura.

—Es mi única pasión; la pasión que me domina, y no me paro en los medios para conseguir los fines.

—¿Y no echa vd. mano de otras personas?

—Va á ser la segunda vez que me sirva de auxiliares, porque siempre me ha gustado hacer las cosas por mí solo. La primera vez cumplieron perfectamente con su obligacion; pero caí enfermo, y antes de que me aliviara y partiese al punto en que habia mandado llevar á una jóven, que robé, logró salvarse.

—¿Otra?

—Sí; y era linda.

—¿Y no la ha vuelto vd. á ver?

—Jamás.

—¿Y esos auxiliares?

—Son de allende los mares, porque la índole de los mexicanos es demasiado buena para prestarse á esas empresas en que es preciso hacer daño al prójimo.

—¿Y quiénes son esos hombres?

—El director de nuestra oficina falsificadora que es un leal paisano mio, amigo de aventuras, y los otros que trabajan con él, y que han venido conduciendo el dinero.

—Veó que vd. saca provecho de todo.

—Será mi última empresa amorosa en México.

—Dios quiera que salga vd. con tanta felicidad de ella, como yo anhelo salir de la mia.

—En dos cosas confío para conseguirlo.

—¿En cuáles?

—En mi fortuna y mi osadía.

—Puesto que de la primera no dudo, deseo que la segunda le sea favorable.

—Lo será.

—Esa confianza es un seguro presagio de buen éxito.

—Y el presagio se realizará.

—Así lo espero.

—Adios, señor Duval.

—Adios, señor doctor.

Willey estrechó la mano de su socio y salió de la pieza.

Duval arregló algunos papeles, pensó un momento en el plan que debía seguir para ser dueño de la mano de Clotilde, y se puso á esperar con muestras de marcada impaciencia la llegada de Doña Anita con el cuaderno prometido.

CAPITULO VIII.

Una escena en el agua.

El cielo estaba cubierto de negras y gruesas nubes que enviaban á torrentes la lluvia; el ruido de los canalones por donde salía á grandes chorros el agua y el de los continuos truenos, se unia al que formaban los infinitos coches que en esos momentos de espantoso aguacero cruzan en todas direcciones la capital, que se convierte en una inmensa laguna.

—¡Qué aguacero tan espantoso....!—Dijo un jóven que estaba concluyendo un retrato, á otro que seguia pintando un magnifico cuadro del apostolado:—Hoy es dia de